



Cubierta de *Al margen de la vida y de los libros*, por Jordé; il. de cub. Manolo Reyes (1914).
Archivo-Biblioteca Casa-Museo Tomás Morales. Cabildo de Gran Canaria.

- **JORDÉ [SUÁREZ LEÓN, Sebastián].** *Al margen de la vida y de los libros*; [il. de cub. por Manolo Reyes]. Las Palmas: Edición Imprenta y Litografía de J. Martínez, 1914.

EN UN LIBRO DE DOSCIENTAS VEINTICINCO PÁGINAS, Sebastián Suárez León, actor y dramaturgo, el crítico y columnista que firmaba con el alias de “Jordé”, reunía e imprimía en 1914 cuarenta artículos que abarcaban quince años de creación y colaboración periodística (entre 1900 y 1914) y le daba a la compilación el críptico título de *Al margen de la vida y de los libros*. Quizás pretendía así el agudo observador y lector que fue Jordé, quitarle hierro a los aspectos más duros y reñidos del ejercicio crítico, y situar su escritura periodística en márgenes más neutrales. Aseguraba en este libro que él no era un crítico real, y que lo suyo eran meros comentarios y ocurrencias a los hechos, libros y tendencias que conformaban la realidad canario-española de la primera década y media del siglo veinte.

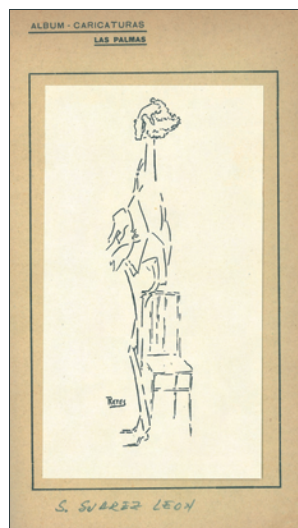
Nada más lejos de la verdad. La más somera visión de sus críticas literarias nos muestra a un auténtico guerrillero de la opinión independiente, a un exponente de la libertad y del progresismo. Jordé no dudo en ensalzar la figura y la obra de Salvador Rueda, el verso llano y profundo de Vicente Medina, por una parte, y, por otra, en señalar las graves incoherencias que lastraban la novelística de Gabriele d’Annunzio y aseverar que Miguel de Unamuno no era en esencia poeta cuando escribía poesía. Se oponía a ese tradicionalismo ultramontano español que emponzoñaba el desarrollo del estado moderno y a priori hacía de la opi-

nión literaria un prejuicio. Estas posturas contrarias y favorables, no acaban, empero, de definir su perfil. Si Sebastián Suárez León, como sus hermanos brillantes, el pintor realista Francisco Suárez León y el famoso Maestro de La Isleta, era un republicano convencido, censuraba los excesos de la ultra izquierda y podía reconocer la valía de los conservadores progresistas y moderados. Una y otra vez, llamará la atención de sus lectores a las vidas de los más ilustres españoles (Canarias es España y España es Canarias para él), dedicándole sendas necrológicas a Joaquín Costa y a Nicolás Estévez.

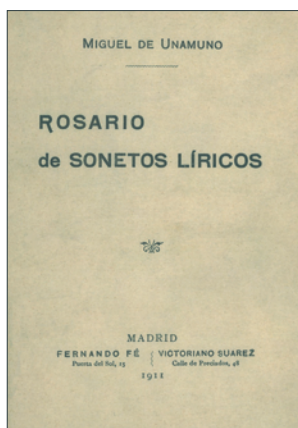
Colaborador asiduo de otros medios impresos como *Florilegio*, Suárez León logra gracias al impulso compilador de estos cuarenta artículos, darnos una visión general de su personalidad y pensamiento en este libro poliédrico (experiencia que repetiría al final de la década de 1920 con otros artículos). La vena crítica más ancha se manifiesta en aquellos artículos que abordan, por ejemplo el ya citado caso de d'Annunzio. En su resumen de la novela del gran vate italiano (hecho que Suárez León no pone en duda, o sea, que parte de una justicia crítica) *El triunfo de la muerte*, pronto advierte al lector de una fundamental inestabilidad textual: “...tan pronto me parecía una producción genial como un engendro de la peor especie”. La imaginación dannunziana es maravillosa y fértil, mas no así su capacidad para “enlazar”. No narra con sencillez sino con “afectación violenta” (una observación clave a la hora de leer su diario *El libro secreto*). Entorno a los dos protagonistas, Hipólita Sanzio y Jorge Eurispea, ella trasunto de la *femme fatale* y mujer diabólica del diecinueve, y él un joven heredero del “mal de siglo”, se prolonga una “...acción pobre, lánguida, incoherente, monótona, que aburre, que cansa, que fatiga, a pesar que tiene páginas magistrales”. La crónica ausencia del amor como fundamento de un proyecto vital y el daño psicológico del sometimiento sexual a la hembra dominadora se resuelven en un melodramático suicidio por despeñamiento. Jordé, desde el lejano Atlántico en 1900, pone los puntos sobre las mismas íes que pondrá la crítica contemporánea un siglo después: las limi-



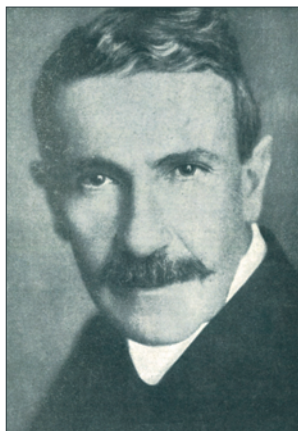
Cubierta de *Florilegio*, il. de Manolo Reyes.



Caricatura de Jordé por Manolo Reyes (1914).
 Archivo-Biblioteca
 Casa-Museo Tomás Morales.
 Cabildo de Gran Canaria.



Portada de *Rosario de Sonetos líricos*, de Unamuno (1911).
Archivo-Biblioteca Casa-Museo Tomás Morales. Cabildo de Gran Canaria.



Retrato de Salvador Rueda.

taciones narrativas del caudillo-poeta y su rechazo de lo sentimental a favor de un credo pagano sensualista.

Varios poetas concitan su admiración, y primero entre éstos, Salvador Rueda, “*un gran lírico con fisonomía propia*”. En la prolífica obra de Rueda encuentra el crítico la espontaneidad, la justeza con que emplea los epítetos, la versificación clara y limpia, y hace un análisis de su diversidad prosódica, subrayando la importancia de la silva de seis a doce sílabas. Nos topamos aquí con un tipo de análisis que solo maneja la “alta” crítica, una herramienta que caracteriza al especialista y no al comentarista generalista. Suárez León entrevistó a figuras señeras de la lírica española en los versos de Rueda, a Zorrilla con quien comparte frescura, y a Campoamor (“*más elegante en la forma que el maestro inmortal de las doloras*”). Encapsula de tal modo su arte para contrarrestarlo a esos que denomina “archimodernistas”, “...*que hacen del idioma una jerigonza, dislocando el léxico en versos extravagantes y chirles, sin fondo, forma, ritmo...*”. Esos que dañan la visión justa de la poesía y afectan negativamente a tantos poetas latinoamericanos, que toman el ya decadente parnasianismo francés como meta y modelo (en su artículo sobre Víctor Rocamonde el poeta venezolano a quien salva de esta mimesis infructuosa). Anota, asimismo, la trascendencia de Rueda para los jóvenes creadores españoles: “...*una pléyade de jóvenes que ensayan sus alas de poetas, entre ellos Tomás Morales, ya saludado como vate futuro de original inspiración, le proclaman maestro*” (1908).

De los críticos insigens, el gran canario señala a Leopoldo Alas “Clarín” como ejemplo de equilibrio y buen hacer. Clarín, argumenta en su artículo (1900) “Cruzada contra Clarín”, se ha convertido en la diana fácil de muchos jóvenes creadores (como le sucedería a Galdós), que a través de testaferreros intentan comprometer su estatus literario. Clarín es un escritor de primera línea intelectual –nos recuerda– profundo, serio y riguroso, que denuestan ciertos modernistas a quien él lanza sus pullas satíricas. La higiene intelectual que marca su quehacer crítico (la misma “Higiene intelectual” que necesita España para alinearse con el futuro, tal

como expone en un artículo que así titula) evita que crezcan falsas reputaciones literarias, tan abundantes en un país que más que el fondo admira los efectos de las cosas.

Un único yerro, si en esencia es tal, proyecta una sombra sobre la certeza y agudeza crítica de Jordé, su cuestionamiento del estatus poético de Unamuno. No estamos ante un ataque a la figura y obra del gran pensador, sino ante una acusación parcial: *“Cierro el libro Rosario de Sonetos Líricos y me pregunto: ¿Es Unamuno poeta? Indudablemente es poeta del pensamiento, pero no de la forma”*. Y en términos de prosodia tradicional, sin duda tiene razón. Llegamos a los límites de una ideología crítica, que le exige y exigirá al soneto una serie de características, y de la poesía una transformación léxica que dista de la sonoridad interior y descarnada de la lírica unamuniana. El ritmo seco, duro, “anti-poético” que evidencia su poesía es una voz pre-vanguardista y meta-lírica que rompe con la tradición, tal como el dodecafonismo estaba rompiendo con la melodía. Lo importante, es que sin chanzas ni afrentas, Jordé se expresa y Unamuno le contesta (desde su altura): *“La gente está aquí habituada a una pésima declamación de versos, a que se presta los del tamboril Zorrilla y otros. La música de Wagner tardó en entrar por falta de ejecutantes-cantores y tocadores-apropiados; los tenores hechos a cantar arias de Donizetti destrozaban lo otro.”* En el segundo párrafo de su misiva Unamuno explica: *“Por lo demás pocas cosas he cuidado más que la forma en estos sonetos buscando un castellano de la tierra, enjuto, conciso, sin hojarascas, denso, consonantes poco vulgares y el ritmo, más másculo y menos tamborilesco”*.

Se genera mediante esta réplica rápida y seria, una dialéctica de la actualidad literaria, algo a estimar especialmente en un universo de comunicaciones lentas. La línea directa establecida con Unamuno nos ilustra acerca de un clima intelectual libre del proteccionismo que en nuestros días aísla y protege a los escritores de éxito, cuya exposición a la crítica seria es prácticamente nula o se anula desde el pri-



Retrato de Tomás Morales
por Eladio Moreno
Durán, 1908.
Carboncillo sobre papel
34 x 27,8 cm.
Fondo artístico de la
Casa-Museo Tomás Morales.
Cabildo de Gran Canaria.

mer momento, solo estimándose en el caso de constituir un apoyo más o menos incondicional.

Dieciséis artículos integran la sección de las críticas teatrales, especialidad de Suárez León por sus avatares como actor, productor y dramaturgo. Debemos recalcar de nuevo la libertad y no-partidismo de sus opiniones, que implican el aprecio y la crítica a obras de Benito Pérez Galdós, la práctica condena de ciertos dramas como *La Reina joven* de Guimerá, y la defensa de los modestos valores de los Hermanos Quintero.

De *Cassandra* de Galdós, Suárez León deplora el “*proselitismo grosero de halagar las pasiones exaltadas de la turba demagoga*”, habiendo alabado de antemano la figura innovadora de Galdós. Su paisano le insufló vida y realidad a un teatro español “...*que languidecía entre ñoñeces y efectismos pirotécnicos de género híbrido, mezcla de un romanticismo trasnochado y falso realismo*”. La tara de *Cassandra* se halla, a su juicio, en que es el “*engendro de la fantasía del diputado don Benito Pérez Galdós, que no es precisamente el ilustre maestro de las novelas contemporáneas*”. Acertado o no, y al margen de decepciones y enconamientos políticos personales, Jordé realiza una crítica razonable al drama, ya que ve en él una distorsión programática que obedece a una determinada y coyuntural politización del autor.

Todo lo contrario sucede al glosar el éxito de *Celia*, cuya singular trama, y cuyo singular protagonista femenino, no duda en exaltar. “*Celia encarna un ideal de reparación y justicia, es la mujer-idea que predica y practica el bien de sus semejantes*”. Además, Suárez León despliega en el artículo que al estreno consagra, su servicio de resumen y síntesis de la obra, tarea que siempre lleva a cabo cuando se trata de criticar una obra literaria. Le informa por tanto a sus semejantes que Celia, tras no corresponder al amor sincero de un subalterno que eventualmente huye con otra mujer de su casa, busca y encuentra a éste y pone al servicio de la empresa en que trabaja todo su capital. Galdós idea, ensaya y dramatiza la utopía social, que jamás ha prendido en suelo español, y Jordé le rinde tributo por haber creado “*Una hermosa obra de ensueño y realidad*”.

Deseo, finalmente, concluir esta aproximación a la obra crítica de Sebastián Suárez León, retornando al prólogo de su libro, “En el umbral”, espacio preliminar donde nuestro autor apunta algunas hirientes, y mucho lamento decir, intemporales verdades sobre la situación de la literatura y el escritor en Canarias. Nos dice: *“Aquí pocos, contadísimos son los que publican libros, no sé si por desconfianza en las propias facultades o por pereza mental, o por miedo a la indiferencia del público [subrayo]. De todo habrá un poco”*. Unas cuantas frases más atrás, el crítico incidía también en una idea muy similar: *“En Las Palmas donde no se escribe porque no se lee”*.

Cien años después solo podemos reivindicar su denuncia. La literatura escrita por canarios e impresa por editores canarios apenas se lee y sigue destinándose a un gueto temático. Bastaría que un mero diez por ciento de la población de Canarias en 2014 comprase libros escritos por sus compatriotas para que las ventas de su literatura, de nuestra literatura, devolviesen a todos, a creadores, editores y lectores, una mínima medida de éxito y esperanza.

**“SALVADOR RUEDA” POR JORDÉ EN
AL MARGEN DE LA VIDA Y DE LOS LIBROS**

Hace tiempo vaticinose que la forma poética estaba llamada a desaparecer. Tal profesía (sic), arbitraria y caprichosa, promovió apasionadas discusiones y polémicas en las que lucieron su ingenio ilustres literatos y poetas.

Pasada la fiebre de la controversia, años más tarde, a pesar de hallarse la lírica española en lamentable decadencia, pues entre tantos rimadores no se veían surgir nuevos poetas, de estos briosos, ya nadie se atrevía a sostener semejante aseveración.

Al decir de Marmallé, los versos son siempre bellos, y también alguien, con autoridad en las letras, ha declarado ingeniosamente que los poetas saben hacer lo mismo que los demás hombres y, además, versos.

Obsérvese, actualmente, si no es engañoso optimismo mío, el despertar de la lírica en España, algo así como un renacimiento de la poesía, remozada y modernizada, al compás de los tiempos nuevos y de las corrientes y orientaciones de arte en boga. En cambio, la poesía épica no hay quien la desentierre, y apenas si a la dramática llevan su inspiración alguno que otro poeta como Rueda y Marquina.



Prescindiendo de los archimodernistas que hacen del idioma una jergonza, dislocando el léxico en versos extravagantes y chirles, sin fondo, forma, ritmo ni cosa que lo valga, empiezan a darse a conocer jóvenes poetas, de inspiración y gusto, que prometen enriquecer la literatura española con bellos cantos.

No quiero citar nombre, porque mi propósito hoy es hablar exclusivamente de Salvador Rueda, cuyo hermoso libro *Lenguas de fuego*, acabo de gustar con el mayor deleite. ¡Cuántas sensaciones he sentido a través de su páginas! ¡Qué placer estético he experimentado con la lectura de esa obra que encierra una colección variada, primorosa, bella, exquisita, de composiciones poéticas, frutos lozanos de la inspiración del ilustre lírico, de quien soy devoto admirador!

Vino Rueda al mundo de las letras, donde hierven pasiones y fermentan envidias, cuando en España cantaban los grandes poetas, Campoamor y Núñez de Arce (de Zorrilla no hablo porque, a la sazón, era un sol que declinaba) y tuvo que sufrir la injusticia de estar algún tiempo olvidado y solitario, perfeccionando su arte.

Más al fin Rueda se ha impuesto; y así tenía que suceder porque para ello cuenta con méritos bien aquilatados e indiscutibles quien, con elementos castizos, ha renovado la poesía castellana.

Tan espontáneo como Zorrilla, el dulce trovador de la leyendas nacionales, más fluido, flexible y fecundo que Núñez de Arce, el poeta de las estrofas cinceladas, sin la filosofía y el humorismo insuperable de Campoamor; pero más elegante en la forma que el maestro inmortal de las doloras, Rueda es un gran lírico, con fisonomía propia e inconfundible, sin parecerse a nadie, original y vigoroso.

Es poeta moderno, culto, amplio y sonoro. Ha estudiado la evolución de la poesía, y conoce tan bien a los clásicos españoles como a los vates extranjeros que han hecho una verdadera revolución en la forma poética.

La musa de Rueda solo a él inspira, porque es hecha de luz, color y armonía. Al poeta debe aparecersele, en los momentos de fiebre creadora, como lampo fulgurante que ilumina su cerebro, estremece su alma y hace vibrar su sensibilidad.

Rueda no imita a nadie. En cambio a él le remedan muchos, que quieren pasar por innovadores, y una pléyade de jóvenes, que ensayan sus alas de poetas, entre ellos Tomás Morales, ya saludado como vate futuro de original inspiración, le proclama maestro.

El lírico malagueño tiene hoy, sin disputa, el cetro de la poesía española.

Es un mago prodigioso del ritmo. Sus estrofas son ondas de luz y armonía. Su lira es, a veces, orquesta que entona bellas sinfonías a la naturaleza madre; en ocasiones, órgano que canta majestuosamente todas las cosas grandes, y, a ratos, guitarra morisca que preludia alegres cantares o gime querellas del alma.

Sus versos son siempre de entonación adecuada al asunto: ora suaves, tiernos, con dejos sentimentales; ya rotundos, grandiosos, de rasgos viriles.

La versificación de Rueda es limpia, clara, diáfana, con transparencias luminosas. No tiene versos ásperos; todos son eufónicos, de armoniosa sonoridad. No hay en sus composiciones rigidez, afectación, artificio ni discordancias. Por el cauce de la métrica y entre las mallas de



la rima sus versos corren sueltos, ágiles, alados. En sus poesías suele advertirse una copiosa lluvia de epítetos que no las afea, porque Rueda sabe emplearlos con admirable propiedad, para dar mayor relieve y colorido al paisaje que describe o para hacer más vivo y cordial el sentimiento, sensación o estado del alma que expresa.

En cuanto escribe vierte Rueda la efusiva ternura de su corazón. Sus himnos a la naturaleza y sus cantos al amor le elevan sobre las impurezas y miserias de la realidad. Es un alto poeta que siente muy hondo y sabe expresar, en versos de ritmo maravilloso y colorido deslumbrador, sus ideas y sentimientos.

Maneja con igual gallardía todas las combinaciones métricas. La silva, cuyos versos, de variado número de sílabas, ondula, se estrecha y se alarga sin perder el ritmo, siempre con incomparable euritmia; majestuoso alejandrino, el dodecasílabo sonoro, el cadencioso endecasílabo, etc. toda, toda la escala poética la recorre con suprema facilidad y dominio. Entre los diversos metros que emplea parece que tiene marcada predilección por la silva de seis a doce sílabas.

Su verbo de poeta, espontáneo y culto, ha dado una mayor amplitud y flexibilidad a la métrica, abriendo a la poesía nuevos horizontes.

Hállese en la actualidad Rueda en la plenitud de sus facultades, en la cúspide de su inspiración fácil y ardiente. Los versos le brotan a raudales, como a los pájaros los trinos. Su lenguaje es rico en giros, frases e imágenes luminosas. Es tal la abundancia de su vocabulario que cuando se desborda su inspiración las estrofas parecen catarata de notas y arpegios con todos los matices de la luz y los tonos de la armonía.

En alguna de sus composiciones flota el espíritu panteísta que le inspira sus cantos a la eterna evolución de la materia que «cambia de forma, pero nunca muere». En otras relampaguean las juveniles ilusiones en flor del poeta mezcladas con los acentos amargos de los primeros desencantos.

Los versos más sentidos se los arranca a su lira la santa memoria de la madre muerta, que en Rueda no es falso subjetivismo retórico, sino hondo y sincero sentimiento que emociona y conmueve.

Salvador Rueda es ruiseñor que canta la noche y alondra que saluda el amanecer y cisne triste que vierte en las estrofas la melancolía de sus penas.

Gran lírico por la fuerza del pensamiento, y, sobre todo, por la gallardía rítmica de la expresión, la musa de Salvador Rueda puede decirse que, como las águilas reales del poeta, se remonta, deja atrás las nubes y se corona con el sol.

Septiembre de 1908.

JORDÉ [José Suárez Falcón]

Reproducido de *Al margen de la vida y de los libros*, por Jordé [José Suárez Falcón]; [cub. il. por Manolo Reyes] Las Palmas: Imprenta y Litografía de J. Martínez, 1914, pp. 129-134.